

política, las emociones y los discursos, siendo conscientes, eso sí, de que la situación de análisis es la del tránsito de cuadros políticos y que, por tanto, no deben trazarse extrapolaciones para el caso de la militancia de base ni para buscar la explicación de los apoyos sociales y silencios que cosecharon entre enormes contingentes humanos, de toda procedencia ideológica, los movimientos y regímenes fascistas. En este sentido, *El peso de la nación* complementa por arriba y desde una óptica particular los trabajos que en la última década vienen produciendo autores como Alfonso Lazo, José Antonio Parejo Fernández, Francisco Cobo, Peter Anderson, Miguel Ángel del Arco, Julián Sanz Hoya o Claudio Hernández Burgos.

Carlos HERNÁNDEZ QUERO
Universidad Complutense de Madrid

GARCÍA CARRIÓN, Marta: *Por un cine patrio: cultura cinematográfica y nacionalismo español (1926-1936)*, Valencia, Universitat de València, 2013, 343 pp.

Desde su producción hasta su proyección, muchos autores han trabajado la cinematografía a través de la Historia. No tantos han estudiado su recepción en la población, quizás debido a que los profesionales que han ocupado el tema han venido de campos que se interesaban más por lo estético y lo artístico. Y menos aún han trabajado la relación del cine con la identidad nacional, tema que trata Marta García Carrión en su obra *Por un cine patrio: cultura cinematográfica y nacionalismo español (1926-1936)*.

La autora, doctora por la Universitat de València, en la que ejerce también, ha desarrollado su labor investigadora en torno a los imaginarios nacionales y la recreación de la nación española, una obra cimentada en los últimos estudios que en el mundo académico internacional se han realizado desde una perspectiva cultural.

En esta obra publicada el pasado año, realiza un estudio sobre la identidad nacional desde un análisis intrínseco de la cultura cinematográfica. Cultura cinematográfica entendida como toda la producción de escritos, debates y actividades que giran en torno al cine, desde la inauguración de cineclubs hasta la edición de revistas especializadas en cinematografía. Así, inaugura una nueva forma de analizar la identidad nacional, esto es, introduciendo al lector en las críticas a la industria nacional, las constantes vindicaciones por la construcción de un cine netamente español y las críticas a las producciones extranjeras con argumento basado en España.

La obra, articulada de forma cronológica en cuatro apartados, cuenta con una introducción en la que García Carrión da cuenta de la teoría y los debates surgidos a partir de la misma en torno a la construcción (y recreación) de la identidad nacional y la cultura de masas, contando con importantes obras mayoritariamente del campo de la sociología, como son las de Benedict Anderson (*Imagined Communities*, 1991), Michael Billig (*Banal Nationalism*, 1995) o Craig Calhoun (*Nationalism*, 2001). Con una enriquecedora base multidisciplinar, a partir de ahí, el lector puede adentrarse en

los debates surgidos a lo largo de la última década, conforme se ha ido gestando un sector de los Estudios Culturales especializados en usos sociales de la cinematografía y construcción de una industria nacional.

Las fuentes empleadas han sido analizadas por la autora en su propio contexto, de forma que nos permite ver, para el caso de España, las fracturas y continuidades producidas en los distintos ámbitos del discurso cultural cinematográfico. Los años del arranque de esa industria se suceden en un país en pleno proceso de modernización, de nacimiento de una sociedad de masas y en la que el cine juega un papel simbólico en tanto que representa el “nuevo” arte –el arte propio y distintivo del siglo-, y también en España, como en general, desde Rusia hasta Estados Unidos pasando por Francia o Alemania, se realiza un esfuerzo industrial e intelectual por definir un cine con los caracteres y valores propios de cada pueblo o nación.

En España se produce un enconado debate dentro del mundo de la cinematografía sobre cómo realizar un film nacional y sobre cómo hacer frente a la enorme importación de películas americanas. Desde escritores como Azorín o Blasco Ibáñez hasta críticos de cine y personal especializado en cinematografía como Juan Piqueras, Mateo Santos o Luis Gómez Mesa, multitud de personalidades desfilan por esta obra, que desborda de ese sentir, o deseo constante de definir la nación a través del cine, y que muestra a la perfección cómo se irá adaptando al contexto en el que se desarrolla la industria filmica española. Así, observaremos con agudeza la percepción de los críticos sobre la producción de las “españoladas”, la influencia de la irrupción del cine sonoro en el mundo de la filmografía y la defensa de una industria cinematográfica estable, acorde con la “grandeza de la nación”. Todo ello, esa combinación de elementos socioculturales que Marta García Carrión describe y analiza con cuidado, nos permitirá entender mejor el desarrollo de la idea de nación en España durante el primer tercio del siglo, con su fuerte componente esencialista. Los debates se sucederán hasta la ruptura que supone la Guerra Civil (1936-1939), en la que muchos especialistas son fusilados o forzados al exilio, y tras la que el debate cambiará de objetivo.

Dentro de las fuentes analizadas por la autora, cabe destacar las revistas especializadas en cinematografía. Tras un gran trabajo en hemerotecas diversas, Marta García Carrión plasma en su obra cumplidamente la percepción que del cine nacional tenían los diversos escritores y críticos, conjugando la narrativa propia con los diversos escritos, testimonio rescatado del testimonio de unos hombres que quisieron hacer del cine un monumento nacional, a la par que una herramienta de construcción identitaria. Puede seguirse así la trayectoria particular de una serie de escritores, obras, revistas y, como culmen de los debates abiertos en la época, congresos. Y resulta realmente interesante observar la evolución de los debates que culminan en el I Congreso Español de Cinematografía y el Congreso Hispanoamericano de Cinematografía, la introducción del cine sonoro en España y los efectos en cuanto a la posibilidad de inventar una obra que represente la tradición.

Marta García Carrión nos abre la mirada, de este modo, a un nuevo objeto: la cultura cinematográfica de los años 20 y 30 del siglo XX. Las obras que encontrábamos hasta aquí sobre identidad nacional y cine durante las primeras décadas del siglo XX no son especialmente numerosas, siendo la más destacable la tesis de Joaquín Tomás Cánovas Belchí, en 1987, sobre cine mudo e identidad nacional en Madrid. García Carrión, por

su parte, incide en la importancia de valorar la cultura cinematográfica como objeto de estudio, más allá de los convencionales planos de la política y la economía, mejor conocidos. Las consecuencias de esta elección son importantes, desde el punto de vista de las periodizaciones: con su obra, Marta García Carrión rompe con las barreras cronológicas convencionales, basadas en los cambios institucionales y políticos, y demuestra cómo la cultura, la propia sociedad, siguen un ritmo más complejo; pues, por ejemplo, a pesar de la transición de un sistema dictatorial a uno democrático, el año 1931 no representa un cambio importante en las críticas realizadas al cine, en las reivindicaciones de los escritores.

Y es que los cambios repentinos en la sociedad no existen, no en la Historia escrita desde abajo. Y es por ello que *Por un cine patrio* resulta ser, desde una perspectiva general, más que un estudio sobre el arte o el ocio: es un legítimo reclamo de los Estudios Culturales por ocupar el espacio que les corresponde por derecho en el mundo académico.

Pablo SÁNCHEZ LÓPEZ

Universidad Complutense de Madrid

GONZÁLEZ POSADA, Carlos: *Diario de la revolución y de la guerra (1936-1939)*, Granada, Comares, 2011, 323 pp.

La Guerra Civil dirimió muchos conflictos latentes en la sociedad de preguerra, al mismo tiempo que dio origen a un régimen nuevo, el franquismo, que haría de ésta su principal fuente de legitimidad. Pero la conflagración también marcó de por vida a los españoles que –en el frente o en la retaguardia– la vivieron intensamente. Los ciudadanos hubieron de identificarse irremediamente con alguno de los dos bandos beligerantes, en unos momentos en que la tibieza no era una opción. Durante la misma, muchos quisieron dejar testimonio de aquellos días de heroísmo y de miedo, de esperanza y dolor. Buena parte de estos lo hicieron llevados por sus pasiones, por sus ideas o por lo que les había sucedido a ellos o a los suyos. Pocos, sin embargo, fueron los que mantuvieron una visión sosegada de cuanto acontecía o vieron algo de bondad en los enemigos a los que combatían. Y menos fueron los relatos que mostraron cambios de actitudes o inseguridades propias del ser humano en aquel tiempo de sangre y lágrimas.

Por ello, el *Diario de la Revolución y de la guerra* resulta una obra de tanto interés para quienes quieren conocer otra dimensión de la Guerra del 36. Al contrario que los exaltados relatos que conformaron la “literatura de Cruzada”, el testimonio de Carlos Posada no fue escrito para transmitir a los españoles los “desmanes” u “heroísmos” de uno u otro bando. Sus escritos eran la manera de dar salida a la maraña de sentimientos que se agolpaban en su mente en aquellos trágicos años. Emplear unos minutos al día, a solas, con sus cuartillas, se convirtió en la vía tomada por Posada para evadirse